



Enrique de Mesa (1878-1929)

Aunque Enrique de Mesa haya sido más reconocido históricamente por su labor como crítico teatral en diversos diarios y por su trabajo como secretario del Ateneo de Madrid (Olmo Iturriarte y Díaz de Castro, 2008: 291), fue también autor de cuatro poemarios: *Tierra y alma* (1906), *Cancionero castellano* (1911), *El silencio de la cartuja* (1916; Premio Fastenrath de 1917) y *La posada y el camino* (1928). Algunas de las composiciones de sus primeros libros fueron recogidas en el primer volumen de esta antología y, ahora, por razones cronológicas, es momento de recopilar las de su último poemario. Como sucedía en aquellos, *La posada y el camino* también se fundamenta en una poética en que prima lo narrativo sobre lo sentimental con la finalidad de formular y retratar el paisaje de Castilla desde una óptica que dialoga perpetuamente con la obra de Rubén Darío. Así lo afirmaba Federico de Onís al hablar de ella como una «poesía rústica» (2008: 92) y así lo podemos comprobar en los dos poemas recopilados: «Campos de Medinaceli» y «Ávila de los caballeros». En ellos, el tratamiento del paisaje castellano nos remite a cierto Azorín, al Unamuno más vinculado a la Institución Libre de Enseñanza y al Machado de *Campos de Castilla*. Es en estas composiciones donde Enrique de Mesa vuelve a mostrar su voluntad de glosar a partir de la observación directa, con el objetivo de alejarse del exotismo patente en otros autores del periodo. Se trata, así pues, como dijera Olmo Iturriarte y Díaz de Castro, de una poesía que pasa por el filtro de la tradición literaria de la Edad Media, nombrada con precisión arcaizante y con sobria sensorialidad impresionista (2008: 292).

Campos de Medinaceli¹⁴⁸

Campos de Medinaceli,
ruta de la heroica gesta,
terron duro, blasonado
por el casco de Babieca;
donde, en la llana albariza,
muelles labranzas rojean

148. Municipio de la actual provincia de Soria. Fue frontera divisoria entre cristianos y musulmanes durante la conquista y un enclave estratégico de primer orden. Cuenta la leyenda que en su alcazaba árabe falleció el caudillo Almanzor tras la retirada de la ficticia batalla de Calatañazor.

y con barbas de pajones
se enrubian las rastrojeras.
De las aradas y eriazos
se alzan pedruscas terreras;
en los añojales crecen
matojos entre las piedras.
Bajo la parda anguarina
transflorando el alma seca,
cruzan pastores ceñudos
tras esmirriadas ovejas.
Van trajinantes y arrieros,
tras de sus cansinas bestias,
caminando, embrutecidos
con el vino de las ventas.
Ni un cantar. Solo se escuchan
en lejanas tolveneras
los sonidos graves, lentos
de las zumbas de las recuas,
¡Pobre terruñero, exido
de tu chozo y de tu hacienda!
¿Dónde tu clara mañana?
¿Cuya la «gentil Castiella»?
Ya tu pecho no trasvina
caído de la antigua cepa;
hoy tan solo hieles mana,
podredumbres y miseria.
¿Tendrás el corazón pardo
como tu capa de yesca,
y el alma gris, sin vendedores,
como tu llanura muerta?
Viejo Cid, ¿acaso nunca
resurgirás de la huesa,
a un empujón de tus hombros
despelmazando la tierra?
Mira del tosco villano
las cortesanas zalemas,
al señor, sin señorío,
y alcorzada la realeza.
Blande tu lanza buída,

de polvo y sangre orinienta;
húndela en los pobres cuerpos
amarillos de miseria.
Sangre de la sangre ardida
con que empapaste las glebas
suba a los nuevos racimos
desde tu cárcava vieja.
Que a un rojo sol de justicia
los verdes frutos enveran,
y ha de fermentar su mosto...
En el camino, señor,
por la llana polvorienta,
mi corazón castellano
ama, duda, sufre y sueña.

(en *La posada y el camino*, 1928, p. 13-24)

Ávila de los caballeros

Recios, austeros, pardos muros
y torreones de un ayer,
testigos de los tiempos duros
de un pueblo que anhelaba ser:

rosados con el alba, oscuros
y fríos al anochecer;
hoy, cinturón de los impuros
logros de siervo y mercader.

Cubil de estériles afanes
y de sórdidos intereses
de usureros y ganapanes,
de curas y feligreses.

Antaño, nido de alcotanes,
se esforzaban los capitanes
y se alentaban los burgueses.

Obispo letrado y guerrero
y fortaleza catedral:

sergas del monje balletero
–la cruz, la flecha y el sayal–:

ansia del pardo comunero.
rienda al potro del Poder Real;
unión del noble y el pechero
en la mañana comunal:

honrado justo y derecho
hombre del burgo medioeval.
Tempera el sol, que claro brilla,
barbecheras y rastrojales:

tierra pelada y amarilla
que rasgan grises peñascales;
viejo terrón de la Castilla
sin el oro de los trigales.

Por el blancor de aquel camino
que los eriales atraviesa
de la sierra sin pan ni vino,
platicaba Santa Teresa.

¿Dónde el empuje de tu gente?
Muerta Castilla, ¿dónde estás?
¿Duerme en tu entraña la simiente?
¿Ya nunca más?...

(en *La posada y el camino*, 1928, p. 31-34)